EL NIÑO DE JUANITA,

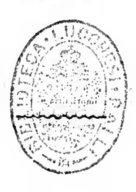
JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON CÁRLOS TRIGO.

Estrenado con aplauso en el Teatro de VARIEDADES la noche del 30 de Marzo de 1874.





MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
EMILIA....................	DOÑA TRINIDAD VÉDIA.
JUANITA....................	DOÑA JUANA ESPEJO.
PERPÉTUA..................	DOÑA CONCEPCION RODRIGUEZ.
EL AMA DEL NIÑO..........	DOÑA PILAR PERAL.
FERNANDO.................	D. JOSÉ VALLÉS.
JUAN.......................	D. ANTONIO RIQUELME.
UN MOZO..................	D. MARIANO MARTINEZ.

La accion pasa en una fonda de Santander.—Época actual.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada y un velador con un periódico. Á la derecha del espectador dos puertas: otra á la izquierda y una ventana; en el fondo la entrada. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

JUAN y EMILIA, sentados junto al velador, y la última, leyendo. PERPÉTUA entra por el fondo.

PERP. Buenos dias, vecinita; buenos dias, vecinito, ¿qué tal vamos?

JUAN. Muy bien; ¿y usted, doña Perpétua? (Levantándose.)

PERP. Yo perfectamente; estos aires del mar me hacen tan buen efecto, que me trasformo al venir á Santander. Oh! la mar!... la mar es una gran cosa... no le gusta á usted la mar, vecino?

EMILIA. (Lástima que no te tragára.) (Sin dejar de leer.)

JUAN. Mucho. (Observando á Emilia.)

PERP. Sobre todo cuando hay playa, no es verdad?

JUAN. Sí, mucha playa, mucha playa. (Mirando á Emilia, que se impacienta.)

PERP. En fin, yo estoy aquí en mi elemento, y más con el refuerzo que acaba de venir á la fonda.

JUAN. Qué refuerzo?

PERP. No lo ha visto usted? Pues si han llegado los ómnibus atestados de gente de la estacion... qué bien que vámos á estar! tendremos reuniones, bailes, conciertos, en fin, lo que se llama sociedad.

EMILIA. (Habrá vejestorio!)

PERP. No es verdad, vecino?

JUAN. Sí señora, mucho.

PERP. Yo me muero por las reuniones, porque de las reuniones salen las relaciones; de las relaciones nacen las simpatías, y de las simpatías los casamientos... pues, ¿y á qué está una?... no digo bien?

JUAN. Sí señora.

PERP. Qué tiene la parienta? (Viendo un gesto de impaciencia de Emilia.)

JUAN. Nada; sino que está embebida en la política.

PERP. Es política?

JUAN. Así, así.

PERP. Pues mire usted, yo soy al contrario; á mi me gusta sólo leer en los periódicos los artículos de modas y las novelas; sobre todo las novelas de amor.

EMILIA. (Qué necia!)

PERP. Por lo visto, la parienta está enfadada.

JUAN. No señora, es que padece tambien algo de los nervios y... ¡ay! (Le tira Emilia un pellizco.)

PERP. Qué es eso?

JUAN. Nada, sino que yo tambien padezco de los nervios, y de vez en cuando me dan unos picotazos... (Bruja!)

PERP. Ay! no me hable usted de los nervios, porque aquí donde usted me ve yo soy víctima tambien de esa terrible enfermedad; y todo por ustedes, sí señor, por los hombres, que son ustedes muy malos.

JUAN. No serán todos.

PERP. Sí señor, son ustedes muy malos. Figúrese usted, vecino, que yo tenia un novio muy buen mozo, eso sí, mejorando lo presente.

JUAN. Muchas gracias.

PERP. Pues como iba diciendo, yo tenia un novio, y cuando

ya estábamos en relaciones la friolera de veinticinco años nada ménos, ¿qué le parece á usted que hizo el muy tunante?

JUAN. Alguna fechoría.

PERP. Y muy gorda: me plantó por otra; sí señor, por una polluela; á mí, á una mujer de mis prendas... ¿qué le parece á usted?

JUAN. Fué una mala accion.

PERP. Sí señor, fué una mala accion; infame! Desde entónces me he quedado de tal modo impresionada, que al hablarme cualquier hombre, me parece que es mi pérfido amante, y ¡ay! me siento de repente atacada de los nervios... mire usted... mire usted... (*Moviendo las manos.*)

EMILIA. (Que no te murieras.) (*Se levanta con impaciencia y se mira al espejo.*)

PERP. Aunque usted quiera negarlo, la parienta está enfadada... ¿ha habido algun turbioncillo, eh? es natural; ella jóven y usted talludito... ahí está la consecuencia. Me voy, no quiero molestar; ya volveré cuando haya pasado la nube. Adios, vecina.

EMILIA. Abur.

PERP. Hasta luégo, vecino.

JUAN. Vaya usted con Dios.

ESCENA II.

EMILIA y JUAN.

EMILIA. El demonio que te lleve... Jesús! qué vieja tan pesada!... me fastidia esa mujer.

JUAN. Qué quieres, hija! La sociedad exige...

EMILIA. Reniego de esa sociedad.

JUAN. Es que tú tambien tienes un genio...

EMILIA. Cómo! defiendes á esa bruja?

JUAN. Yo?

EMILIA. Sí, tú, tú; que le vas á hacer la córte.

JUAN. Ave María Purísima!

EMILIA. Piensas que no lo conozco? pues estás equivocado.

JUAN. Jesús... Jesús!... Pero criatura...

EMILIA. No hay pero que valga: tú has salido á su defensa sabiendo que la detesto... pues ahí tienes la prueba.

JUAN. Pero mujer, por mil de á caballo!...

EMILIA. Ya se ve, como es vieja como tú...

JUAN. Ya pareció aquello: ¿pero qué tiene que ver una cosa con la otra?

EMILIA. Mas no tengas cuidado; yo tomaré la revancha.

JUAN. Qué estás diciendo?

EMILIA. Nada, que me vengaré de tí; ya lo verás.

JUAN. Emilia... Emilia...

EMILIA. Vaya si me vengaré.

JUAN. Vamos, no te enfades, y cuando volvamos á Madrid te compraré los pendientes que deseas.

EMILIA. Me los comprarás?

JUAN. Te lo prometo.

EMILIA. Pues siendo así, capitulo.

JUAN. (Ya me lo esperaba yo...)

EMILIA. Qué murmuras?

JUAN. Nada, mujer, nada.

EMILIA. Es que así te quiero yo ver siempre, tan cariñoso...

JUAN. Mucho.

EMILIA. Tan amable con tu mujercita...

JUAN. Mucho, mucho.

EMILIA. Vamos, te permito que me dés un abrazo.

JUAN. Sí, eh? Jé... jé... (La abraza.) (Tres mil reales me cuesta.)

EMILIA. Si yo te quiero mucho, Juanito.

JUAN. Ya se conoce.

EMILIA. Casi no me pareces ya tan viejo.

JUAN. Dale, bola.

EMILIA. Mira, ahora vas á entrar en ese cuarto; tomas un plieguecillo de papel y le pones una carta á Samper el diamantista que diga así: «Muy señor mio: tenga usted la bondad de reservar los pendientes que ajustó mi mujer y que recogeré á mi vuelta de los baños. Suyo, etc.»

JUAN. Ya estoy.

EMILIA. Pues anda, hijo mio; ahi dentro hay pápel y tintero, y en un instante.

JUAN. Entendido; pero aquello de la retandila...

EMILIA. Si fué una broma, tonto.

JUAN. Es que hay bromas que suelen salir á la cara.

EMILIA. Vete á escribir la carta y no temas nada.

JUAN. De veras? no sabes el peso que me has quitado de encima.

EMILIA. Vamos, anda, bobalicon. (Le toca la cara.)

JUAN. Allá voy, pichoncita... jé... jé... qué mona es!... (Le echa un beso con la mano y se entra en la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

EMILIA.

Pobre Juan! Cuán bueno es y cuánto me ama! hago de él lo que quiero... Parece que hay mucho movimiento en el patio. (Mira por la ventana.) Pero calla! qué es lo que veo?... no es mi amiga Juanita la que astá asomada á aquella ventana?... sí, ella es... chist... Juana... Juanita... ya me ha visto... aquí, en el número cinco, ven. (Se retira de la ventana.) Qué casualidad... hallar aquí á mi antigua compañera de colegio despues de tanto tiempo sin verla... con qué gusto la voy á abrazar!

ESCENA IV.

EMILIA y JUANITA.

JUANITA. Emilia mia!... (Se abrazan.)

EMILIA. Querida Juana! Cuándo has venido?

JUANITA. Ahora mismo, en el tren que ha llegado hace poco; ¿y tú?

EMILIA. Yo estoy aquí ya unos dias con mi marido.

JUANITA. Y yo tambien he venido con él mio.

EMILIA. Qué feliz casualidad!... reunirnos aquí de improviso despues de tres años sin vernos... sí, lo ménos tres

años. Ya supe que te habías casado... y dime, ¿eres dichosa?

JUANITA. Lo era, Emilia mia; pero desde hace pocos dias se ha introducido la discordia en mi casa y he dejado de serlo.

EMILIA. Cómo es eso? cuéntame.

JUANITA. Si es la cosa más rara y más...

EMILIA. Vamos, explícate, me pones en cuidado.

JUANITA. Has de saber, querida Emilia, que mi marido es buen mozo, ocupa buena posicion, me quiere mucho...

EMILIA. Pues hasta ahora no veo...

JUANITA. Pero en cambio tiene un genio arrebatado, y es celoso y testarudo como nadie.

EMILIA. Eso es malo.

JUANITA. Hace pocos dias, y cuando ya teníamos dispuesto nuestro viaje para Santander y encargado habitacion en esta misma fonda de la Marina, donde mi marido ha estado otras veces, trajo *La Correspondencia de España* en el correo de la noche lo siguiente, que no puedo olvidar de mi memoria. «Á Juanita; así que llegues á Santan»der te mandaré el niño; fonda de la Marina. Tuyo... »J. R.»

EMILIA. Y bien?

JUANITA. Pues, hija, mi marido se ha empeñado en creer que yo soy esa Juanita, y que ese niño es mio; y por más que le he dicho, no he podido convencerle de lo contrario.

EMILIA. Que atrocidad!

JUANITA. Y lo peor es, que apenas hemos llegado aquí y me ha dejado instalada en el cuarto, se ha ido á buscar quien tenga en la fonda un nombre con las iniciales de J. R., y si lo encuentra, sabe Dios lo que puede suceder.

EMILIA. Qué casualidad!... mi marido las tiene; como que se llama Juan Ramirez; bueno fuera...

ESCENA V.

DICHAS y el MOZO.

MOZO. Señorita, abajo hay un caballero que pregunta con

mucho empeño por su esposo de usted.

JUANITA. Él es; no hay duda.

EMILIA. Qué hacer en tal caso?

JUANITA. No me abandones, Emilia. (Pausa.)

EMILIA. Me ocurre una idea; dile que suba. (Al Mozo.)

MOZO. Está bien. (Váse.)

JUANITA. Qué vas á intentar?

EMILIA. Déjame hacer; es un proyecto atrevido; pero el único que puede salvarte; ¿no me llamábais el diablillo en el colegio por las travesuras que hacía? pues aún no he perdido mis mañas; ya verás; entra aquí.

JUANITA. Dios te ilumine. (Váse puerta primera derecha.)

EMILIA. Juan, sal corriendo. (Llamando.)

ESCENA VI.

EMILIA y JUAN.

JUAN. Qué ocurre?

EMILIA. Va á venir un caballero que ha preguntado por tí, y es menester que no le contradigas en nada de lo que te hable, y le contestes á todo.

JUAN. Pero explícame...

EMILIA. No puedo; corremos un gran peligro; está interesada en ello la suerte de una familia.

JUAN. Pero...

EMILIA. Silencio y obedece. (Váse por donde Juana.)

JUAN. Pero... (Sigue á Emilia hasta la puerta.) Pues señor, qué peligro será este? no comprendo.

ESCENA VII.

JUAN y FERNANDO, en traje de camino.

FERN. Caballero...

JUAN. (Éste será el individuo.)

FERN. Cómo se llama usted?

JUAN. Juan Ramirez, servidor de usted.

FERN. Juan Ramirez, J. y R.

Juan. (Demonio! si será de la policía este hombre!...)
Fern. Perfectamente: usted es el que yo busco.
Juan. (No lo dije!)
Fern. Supongo que es usted un caballero?
Juan. Hasta la pared de enfrente.
Fern. Entónces toque usted esa mano.
Juan. Toco esa mano. (Se dan la mano.)
Fern. Sabe usted quién soy yo?
Juan. No tengo ese gusto.
Fern. Pues yo soy el marido de Juanita.
Juan. Por muchos años. (Quién será esta Juanita?)
Fern. Le he dicho á usted que soy el marido de Juanita.
Juan. Y yo repito que por muchos años.
Fern. Y no se asusta usted al oirlo? no se horroriza usted?
Juan. No veo la causa.
Fern. Conque no ve usted la causa?... Me asombra tanto cinismo!... Sin duda no debe usted haber comprendido bien, caballero, que le he dicho que soy el marido de Juanita.
Juan. (Mi mujer me ha mandado que no le contradiga.) Ya... ¿Conque usted es el marido de Juanita?... Pues hombre, haberlo dicho...
Fern. ¿Conque no lo he dicho?
Juan. Qué diantre!... Conque es usted el marido de Juanita!... Cuánto me alegro, hombre.
Fern. (Con sarcasmo.) Sí, eh? se alegra usted?
Juan. Conque es usted el marido de esa muchacha tan espiritual y tan linda!... (En mi vida la he visto.)
Fern. Justamente.
Juan. Vea usted lo que son las cosas!... Y yo sin saber nada... Pero qué mujer tiene usted, amigo mio, qué mujer tiene usted!
Fern. Le gusta á usted?
Juan. Hombre, y á quién no ha de gustarle con aquella cara tan bonita que tiene y aquellos ojos tan azules... (¿Si estará tuerta?)
Fern. Se equivoca usted, los tiene negros.

JUAN. Es verdad, los tiene negros, no me acordaba; pero es muy guapa, sí señor, es muy guapa.

FERN. Pues bien, ya que sabe usted quién soy, creo que habrá usted adivinado el objeto de mi visita.

JUAN. El objeto? Lo que es el objeto, yo diré á usted...

FERN. Basta; veo que nos entendemos.

JUAN. (Pues maldito si yo sé una palabra.)

FERN. Ahora bien, dejémonos de rodeos inútiles y vamos al grano.

JUAN. Vamos donde usted quiera.

FERN. En dónde está el niño? (Llevándole á un lado.)

JUAN. El niño?...

FERN. Sí señor.

JUAN. Me pregunta usted que en dónde está el niño?

FERN. Sí, el niño que usted tiene.

JUAN. Que yo tengo?

FERN. Más claro; el niño de Juanita, el niño de mi mujer.

JUAN. Ya!... Conque usted me pregunta en dónde está el niño de su mujer de usted?

FERN. Justamente.

JUAN. (Pues señor, dónde estará el niño de la mujer de este marido?) Amigo mio, lo ignoro completamente.

FERN. Si piensa usted engañarme, pierde lastimosamente el tiempo: lo sé todo.

JUAN. Conque lo sabe usted todo?

FERN. Sí señor; tengo en mi poder *La Correspondencia*.

JUAN. Conque tambien tiene usted *La Correspondencia*?

FERN. Y exijo ademas que me dé usted la carta que le haya escrito mi mujer.

JUAN. Es decir que usted quiere que yo le dé la carta que me ha escrito su mujer de usted á mí, no es eso?

FERN. Sí señor.

JUAN. (Despues de registrarse.) Pues mire usted, no la tengo.

FERN. Es que necesito saber lo que en ella le decia.

JUAN. Usted quiere saber lo que me decia su mujer de usted á mí en su carta, eh?... (Hombre! qué me diría su mujer?...) Pues nada; me hablaba de cosas insignifican-

tes... de modas... de los niños...

FERN. Le hablaba á usted del niño, eh? (Y él mismo lo confiesa... qué más pruebas necesito?)

JUAN. (Si habré dicho alguna barbaridad.)

FERN. Venga ese niño... saque usted ese niño; quiero estrangularle... quiero beber su sangre...

JUAN. Ave María Purísima!

FERN. Saque usted ese niño, pronto, pronto.

JUAN. Le he dicho á usted que no le tengo; regístreme usted.

FERN. El niño, venga ese niño.

JUAN. Pero, caballero, atienda usted... (Qué lio es este!)

FERN. No atiendo á nada; el niño es lo que quiero y usted sabe dónde está.

JUAN. Yo?

FERN. Usted lo ha dicho.

JUAN. Pero señor...

FERN. Pronto... dónde está ese niño? (Amenazándole.)

ESCENA VIII.

DICHOS y PERPÉTUA.

JUAN. Esa señora lo tiene. (Á ver si me deja.)

FERN. En dónde está el niño? (Á Perpétua.)

PERP. Qué niño?

FERN. El que usted esconde.

PERP. El que yo escondo?...

FERN. Sí señora.

PERP. Caballero, yo soy una doncella recatada y no tengo escondites de ningun género; se entera usted? yo juego limpio, muy limpio.

FERN. Señora, déjese usted de palabras huecas, y tráigame pronto el niño ó ¡vive Dios! que no miro que es usted una vieja y hago alguna atrocidad.

PERP. Yo vieja!... vieja yo!... Sabe usted lo que está diciendo?

FERN. Y vuelvo á repetirlo.

PERP. Insolente!... mal caballero!... llamarme á mí vieja, cuando no tengo ni una cana siquiera en mi cabeza!

míreme usted... míreme usted. (Enseñando la cabeza.)

FERN. Quítese usted, señora.

PERP. Pues conste que falta usted á la verdad.

FERN. Corriente; lo que yo quiero es el niño que usted esconde.

PERP. Este hombre quiere que á mí me dé algo; soy yo acaso ama de cria, diga usted?

FERN. Repito que quiero el niño, y si usted no me lo entrega... (La amenaza.)

PERP. Y me amenaza... ay! Dios mio! á mí me va á dar alguna cosa... no lo dije?... los nervios... los nervios... ay... ay!... que me da... que me da... (Cae sobre Juan fingiendo una convulsion.)

JUAN. Tome usted, tome usted. (Dándosela á Fernando.)

FERN. Un demonio! tómela usted. (Devolviéndosela.)

JUAN. Ve usted esto?... y si ahora le ocurriese una desgracia á esta señora, quién tendría la culpa? (Dando aire con un pañuelo á Doña Perpétua, que hace gestos.)

FERN. Que se muera: no me importa.

PERP. Que me muera?... muérase usted si quiere; vaya con el hombre! le arañaría. (Reponiéndose de pronto.)

FERN. Por última vez repito que me dé usted ese niño.

PERP. Y yo repito tambien que no le tengo; vaya usted á pedírselo á su madre.

FERN. Conque ya lo tiene su madre?

PERP. Ó el diablo que se lo lleve.

FERN. Y usted me lo ocultaba?... (Á Juan.)

JUAN. Yo?...

FERN. Usted, ladron de mi honra.

JUAN. Hombre, hombre; esas son palabras mayores.

FERN. Ya me dará usted cuenta de ello; ahora voy á buscar el niño, y donde quiera que le encuentre, pataplum! lo estrello. (Yéndose.)

JUAN. Qué bárbaro!

FERN. (Volviendo.) Me ha llamado usted?

JUAN. No señor, es que hablaba conmigo mismo.

FERN. Luégo nos veremos, señor canalla, y ¡ay de usted!...

ay de usted! (Vase por el foro.)

JUAN. (Despues que se va Fernando y desde la puerta.) Oiga usted, yo no soy canalla.

ESCENA IX.

JUAN y PERPÉTUA.

PERP. Pero, vecino, quién es este hombre?

JUAN. Eso digo yo... quién es ese hombre?

PERP. Y qué niño es el que busca?

JUAN. Eso mismo digo yo... qué niño es el que busca?...

PERP. Pero usted no sabe nada?

JUAN. Ni esto; sólo sé que me piden un niño... un niño que dicen que yo escondo... y ya ve usted.. de dónde saco yo ese niño?... Si fuera cosa que pudiera uno encargarla, como, por ejemplo, un paraguas... unos calcetines... pero un niño!... una criaturita?... échese usted á nadar... Diga usted, doña Perpétua, no sabe usted de dónde podriamos sacar ese niño?

PERP. Y me lo pregunta usted á mí?... Vamos, vecino, esa no cuela; aquí hay gato encerrado; usted tiene trazas de haber sido un culebron muy grande, y sabe Dios... sabe Dios...

JUAN. Pero doña Perpétua...

PERP. Nada, lo dicho: son ustedes muy malos; sin duda ha tenido usted algun desliz por ahí, y ese hombre le viene á pedir cuentas... pues..: ya me entiende usted.

JUAN. Pero, vecina, por las once mil vírgenes..: tengo yo cara de...

PERP. Tunantuelo! (Le da con el abanico.)

JUAN. Le juro á usted por este puñado de cruces, que no sé una palabra de lo que ese hombre dice; y que respecto al niño, me lavo las manos como Pilatos; créame usted.

PERP. De veras?

JUAN. Sí señora.

PERP. De veras no sabe usted nada?

JUAN. Ni pizca; no sé más si no lo que mi mujer me ha man-

dado que haga.

PERP. Anda tambien en ello su mujer de usted?... ¡ay, vecino de mi alma! ya está usted fresco.

JUAN. Cómo!... cree usted que ella?...

PERP. Quién lo duda... no es que quiera yo hacer suposiciones... nada de eso... pero es muy natural que suceda esto; ella es jóven y sabe Dios en qué danza se habrá metido: ahí tiene usted las consecuencias de los matrimonios desiguales.

JUAN. Es verdad. (Suspirando.)

PERP. Usted debió haber buscado una mujer de más peso.

JUAN. Es verdad.

PERP. Prudente... juiciosa ..

JUAN. Es verdad.

PERP. Una mujer, verbi gracia, como yo.

JUAN. Y diga usted, vecina, y me hubiese usted querido?...

PERP. Qué sé yo... (Con gazmoñería.) Usted no es ningun costal de paja... y...

JUAN. Siga usted, siga usted.

PERP. Tal vez viniendo con buen fin...

JUAN. Siga usted, siga usted.

PERP. Me ruborizo...

JUAN. ¡Ay, vecina!...

PERP. ¡Ay, vecino!...

JUAN. Qué mirada!...

PERP. Pero qué hemos de hacerle si ya no tiene remedio.

JUAN. Es verdad. (Juanito, no seas coqueton.)

PERP. (Qué lástima!... á estar soltero le atrapo.)

JUAN. Pero no me abandone usted, vecina, y ayúdeme á buscar ese pimpollo que me piden.

PERP. Y cómo?

JUAN. Yo diré á usted: si hubiera por ahí quien pudiera traernos un chico, así, por vía de préstamo, para salir del paso...

PERP. No es mala idea.

JUAN. Pues meditemos. (Pausa.) Ah!

PERP. ¿Ha hallado usted el medio?...

JUAN. Aún no... (Pausa.) Ya esta aquí... ya está aquí. (Dándose en la frente y yendo á tocar la campanilla.)
PERP. Qué va usted á hacer?
JUAN. Ahora va usted á verlo.

ESCENA X.

DICHOS y el MOZO.

MOZO. Llamaba usted, señorito?
JUAN. Sí; ven acá. (Se le lleva á un lado.) Quieres ganarte un par de duros nuevecitos. (Se los enseña.)
MOZO. Con mil amores.
JUAN. Díme, tienes mujer?...
MOZO. Sí, señor.
JUAN. Magnífico! ya encontré lo que buscaba.
MOZO. Cómo!
JUAN. Y tendrás hijos, no es verdad?
MOZO. No señor; lo que es hijos no tengo ninguno.
JUAN. Calla!... ¿Y por qué no tienes hijos?
MOZO. Toma!... Porque no los tengo: vaya una pregunta!...
JUAN. Es que debías tenerlos... habrá gente como está!... Vete, ya no me sirves.
MOZO. Pero si no tengo hijos, tengo sobrinos, y si da lo mismo...
JUAN. Tienes sobrinos?...
MOZO. Una caterva de ellos.
JUAN. Y habrá algun chico?...
MOZO. Y muy guapo.
JUAN. Pues anda, tráeme ese niño y te ganas los dos duros.
MOZO. Nada más que traerlo?...
JUAN. Nada más; pero con reserva.
MOZO. Entiendo; vuelvo en seguida.

ESCENA XI.

JUAN y PERPÉTUA.

JUAN. Nos hemos salvado, vecina, nos hemos salvado, ya lo

verá usted. En cuanto vuelva ese hombre le presentamos el niño del Mozo, diciéndole que es el que anda buscando, y despues que allá se lo arreglen ellos.

PERP. Qué lio, Dios eterno!

JUAN. Lo principal es ir ganando tiempo para librarnos ahora de la furia de ese hombre; que despues ya veremos cómo se desenreda esta madeja. Valiente chasco vamos á darle!... sobre que estoy deseando que venga ya el chiquitin...

ESCENA XII.

DICHOS y el MOZO, y luégo un MUCHACHO, el más alto que se halle.

MOZO. Señorito, ahí está el chico.

JUAN. Pues anda, éntralo corriendo.

MOZO. Ven acá, babieca. (Desde la puerta.)

JUAN. Ahora verá usted. (Á Perpétua.)

MOZO. Aquí lo tienen ustedes. (Presentándolo.)

JUAN. Calla! Y es este el niño?

MOZO. Sí, señor.

JUAN. Pues no es mal niño que digamos.

MOZO. No me dijo usted un chico?

JUAN. Sí, un chico, una criatura, pero no este mameluco... habrá zopenco!

PERP. Está claro; se habló de un niño chiquitito.

MOZO. De modo que me lo llevo?

JUAN. Sí, hijo mio, sí, anda y que te den un caldo, pimpollo.

MOZO. Vámonos, chico, que estos señores no saben lo que quieren.

ESCENA XIII.

JUAN y PERPÉTUA.

PERP. Y qué hacemos ahora?

JUAN. No lo sé, doña Perpétua, no lo sé: y es el caso que ese hombre va á volver pidiéndonos el niño, y si no se lo damos es capaz de cualquier cosa.

PERP. Cree usted...

JUAN. Lo creo todo, sí señora, porque ese individuo, aquí para entre nosotros, ese individuo... debe ser un antropófago.

PERP. Antro qué?...

JUAN. Antropófago.

PERP. Y qué es eso, vecino?...

JUAN. Eso es un hombre que se come los niños crudos.

PERP. Ave María Purísima!

JUAN. No recuerda usted haber oido hablar de ciertos individuos que se introducen de noche en los dormitorios para chuparse la sangre de sus semejantes?

PERP. Sí que lo recuerdo.

JUAN. Pues bien, ese hombre pertenece á esa especie, no me cabe duda; á mí mismo me ha dicho que quiere beberse la sangre de ese niño, y si no lo encuentra, intentará chuparse la mia ó la de usted, sí señora.

PERP. Pero ataca tambien á las personas mayores?

JUAN. Vaya! y sobre todo á las mujeres.

PERP. Qué salvaje! ya no me llega la camisa al cuerpo... ay! me parece que me va á dar otra vez el ataque; téngame usted... téngame usted.

JUAN. Déjelo usted para luégo, vecina. (Esto me faltaba ahora.)

PERP. (Qué descortés.)

JUAN. Diga usted, vecina, ¿será posible que mi mujer tenga pacto alguno con ese hombre sanguinario?

PERP. De fijo que lo tiene.

JUAN. Es claro, y por eso cuando me abrazaba hace poco me ponía las manos al cuello como para ensayarse en la estrangulacion... Dios mio! que me haya yo casado con una antropófaga...

PERP. Qué horror!

JUAN. En dónde estoy metido!

ESCENA XIV.

DICHOS y FERNANDO.

FERN. Aquí me tienen ustedes otra vez.

JUAN. Ya pareció el peine.

FERN. Ni el niño ni mi mujer están en el cuarto: en dónde se encuentran? responda usted. (*Á Juan, que se aparta vivamente.*)

JUAN. No se acerque usted á mí.

FERN. Diga usted, señora.

PERP. No me toque usted, caballero, no me toque usted. (*Dando un salto.*)

FERN. Pero...

PERP. Que no me toque usted, digo; y tema usted que la justicia le pida cuentas de su abominable conducta.

JUAN. Así, así, fuerte.

FERN. De mi conducta!...

PERP. Ya sabemos quién es usted.

JUAN. Sí señor. Ya sabemos el pie de que usted cojea, pero no se saldrá con su plan.

FERN. Conque no, eh? (*Acercándose á Juan, que se retira.*)

PERP. Desista usted, caballero, desista usted de esa idea sanguinaria.

FERN. Ántes la muerte.

JUAN. Lo oye usted? Quiere sorbernos sin remedio.

PERP. Pues bien, caballero, no nos chupe usted á nosotros.

FERN. Qué dice usted?

PERP. Que elija usted otras víctimas para saciar su apetito.

FERN. Qué está usted disparatando, señora?

PERP. No me toque usted, no me toque usted.

FERN. Vive Dios! se están burlando de mí... ahora lo veremos. (*Saca una pistola del bolsillo.*)

PERP. (Qué irá á hacer?)

FERN. Puesto que ustedes insisten en esconderme el niño, véamos si resisten á este argumento. En dónde está el niño? Pronto, respondan ustedes. (*Apuntando.*)

JUAN. (*Cubriéndose con Doña Perpétua.*) Pero señor mio, si no lo sabemos.

FERN. Que voy á hacer fuego.

PERP. (*Dando vueltas con Juan para esquivarse.*) Por favor, caballero.

FERN. Que disparo.
JUAN. Pero hombre, atienda usted.
FERN. No atiendo nada.
JUAN. Pero...
FERN. (Amenazándoles.) Dónde está el niño? pronto, en dónde?

ESCENA XV.

DICHOS y JUANITA y EMILIA, dándole el brazo, vestida de muchacho.

EMILIA. Aquí está el niño.
PERP. (Qué es esto?)
JUAN. (Calle!... se ha puesto mi ropa.)
FERN. Tú eres el niño?
EMILIA. Sí, yo soy, primo mio, porque tú eres mi primo.
FERN. Yo?
EMILIA. Sí; razones secretas de familia que algun dia sabrás, y que hoy debes respetar, han obligado á mis padres, que están delante...
PERP. Cómo?
EMILIA. Es ya inútil el fingimiento, mamá.
PERP. Pero yo...
EMILIA. Nada, nada, es preciso que lo sepa.
PERP. Es que...
JUAN. (Bajo á Doña Perpétua.) (Déjela usted.)
EMILIA. Pues como iba diciendo, razones secretas de familia han obligado á mis padres á ocultar mi existencia á todos los parientes menos á mi prima Juanita, con quien he pasado los primeros años de mi infancia; por esta causa, y al saber que ibais á venir á Santander, y á esta fonda, mi papá le escribió diciéndole misteriosamente que al llegar aquí le traería el niño, que es así como ella me llama siempre, para que nos diéramos un abrazo; y hé aquí descubierto el secreto de todo.
FERN. Ya!
JUAN. (Qué lio!)
EMILIA. Ahora bien; yo hubiera continuado guardando el se-

creto que mis padres me han impuesto, pero al ver que tú dudabas de la lealtad de mi querida Juanita, no he vacilado en declarártelo todo para desvanecer tus injustas sospechas, ó precisarte en otro caso á que te batas conmigo.

JUAN (Demonio!)

FERN. Contigo?

EMILIA. Sí, conmigo. Pues qué te crees, señor primo?... Yo tengo ya diez y siete años; en el colegio he aprendido á tirar á la pistola, y si lo dudas, mira. (Coge la pistola que habrá dejado Fernando sobre el velador y la dispara.)

FERN. Bravo!... Me gusta este muchacho, es muy listo.

JUAN. No lo sabe usted bien.

EMILIA. Conque sigues en tus sospechas?

FERN. De ningun modo; me has convencido con tus explicaciones.

EMILIA. Entónces venga esa mano.

FERN. No; un valiente como tú merece un abrazo. (Va á abrazarla y se interpone Juan.)

JUAN. No es necesario.

FERN. Apártese usted, hombre.

JUAN. Es que no me gustan los abrazos.

EMILIA. Si es lo más raro..., y lo mismo mi mamá. (Movimiento de Perpétua.) No les hagas caso, chico; á mí me tienen fastidiado con sus chocheces; no quieren que salga de casa, ni que fume, ni... Y á propósito, tienes un cigarro?

FERN. Fumas tú? (Dándoselo y una cerilla.)

EMILIA. Toma, pues ya se ve; y si fuera esto sólo... (Lo enciende.)

FERN. Hay algo más?

EMILIA. Y aun algos.

FERN. Vamos, cuenta.

EMILIA. Tengo entablada una conquista. . y por lo fino.

FERN. Tú?

EMILIA. Yo, sí señor; pues si soy el Tenorio de Santander. (Echando humo.)

PERP. (Qué descarada!)

EMILIA. Vaya una hembra, chico; de mistó; pero hay moros en la costa.

FERN. Diablo!

EMILIA. Mas no hay cuidado; yo tengo tomadas mis medidas y no se me escapará; bonito soy yo...

FERN. Eso me gusta.

EMILIA. Yo soy así; errar ó quitar el banco.

FERN. Bravo! me encanta este pollo... venga otro abrazo.

JUAN. (Interponiéndose.) Hombre, no es usted poco sobon.

FERN. Y por qué han tenido ustedes valor de ocultar un muchacho como este á la familia?...

JUAN. Ahí verá usted!... lo hemos ocultado porque... porque sí.

FERN. Pues nada; para vengarte de esta reclusion te vas á venir ahora con nosotros á pasar una temporada en Madrid.

EMILIA. Magnífica idea!

JUAN. (Un demonio.) Yo diré á usted, eso... en cuanto á eso...

EMILIA. Lo ves?... no se puede contar con ellos... pero no hagas caso, primo; me voy con vosotros; quiero ver Madrid; sí señor; no he de estar siempre aquí encerrado.

FERN. Tienes razon, chico; nada, á Madrid, y una vez allí, yo te llevaré á que lo veas todo.

EMILIA. Eso, eso; iremos á los teatros, á los cafés, y sobre todo á los bailes de Capellanes; eso no lo perdono; lo que es á Capellanes me has de llevar, primo.

FERN. Te gustan los bailes?

EMILIA. Toma; pues si armo cada tiberio cuando me dejan ir á ellos... buenos bromazos vamos á correr, ya verás.

FERN. Qué diablillo! (Le abraza.)

JUAN. (Vuelta con los abrazos.) Vamos, vamos, dejarse de tonterías.

FERN. No tenga usted miedo; yo cuidaré de él como si fuera usted mismo, y para que de noche no se me escape de casa, dormirá conmigo.

EMILIA. (Ave María Purísima!)

JUAN. Cómo?

FERN. Que dormirá en mi mismo cuarto! yo duermo solo.

JUAN. Ya!

FERN. Conque estamos conformes; dentro de diez dias nos volvemos á Madrid y te vienes con nosotros.

EMILIA. Corriente; palabra. (Le da la mano.)

JUAN. Eso será lo que tase un sastre.

FERN. Ya está dicho; este muchacho debe ir á Madrid; es travieso, y quién sabe si algun dia lo casaremos con una condesa?... ¿no es verdad, pollo? (Dándole en el hombre.)

EMILIA. Todo puede ser.

JUAN. (Qué barbaridad!)

FERN. Pero hombre, si lo que usted dice...

EMILIA. Nada, nada; no le hagas caso, chico; me voy con vosotros.

FERN. Qué te parece, Juanita?

JUANITA. Á mí, bien.

EMILIA. (Á Juana.) (No temas!)

FERN. Pues no se hable más del asunto.

JUANITA. Cómo te vas á arreglar? (Á Emilia.)

EMILIA. (Aún nos quedan diez dias.)

FERN. Conque trato hecho; y ahora á almorzar todos juntos, no es esto?

EMILIA. Eso es; vámonos á almorzar.

ESCENA XVI.

DICHOS, el MOZO y luégo el AMA, con un niño.

MOZO. Señores...

FERN. Qué se ofrece?

MOZO. Ahí está el ama con el niño.

TODOS. Con el niño?

FERN. Con el niño dices?

MOZO. Sí señor.

JUANITA. (Ay, Dios mio!)

EMILIA. Buena la hemos hecho.

FERN. Pero qué significa esto?

MOZO. El ama lo dirá; entre usted. (Entra el ama con un niño supuesto en brazos. Váse el Mozo.)

AMA. Este será el padre. Señor, mire el rapaciño. (Á Fernando.)

FERN. Vaya usted al diablo!

AMA. Vamos, será el otro. Señor, mire el rapaciño. (Á Juan.)

JUAN. Vaya usted al demonio!

AMA. Tampoco es este.

FERN. Pero qué significa esto, repito?

JUAN. Eso digo yo; qué significa esto?

FERN. Cuántos niños tiene usted, señora?... explíquese usted. (Á Doña Perpétua.)

PERP. Qué niños ni qué calabazas!... yo soy doncella... ¿lo entiende usted? doncella.

FERN. Pues entónces, de quién es este chico? vamos á ver. (Por Emilia.)

PERP. Pregúnteselo usted al señor, que me ha enredado en este lio sin saber yo una palabra.

FERN. Díganos usted pronto qué es lo que aquí pasa, pronto. (Á Juan.)

PERP. Hable usted, hombre.

JUAN. Yo no sé más, sino que mi mujer me ha mandado que no replique á nada de lo que usted diga.

FERN. Su mujer? (Á Perpétua.) Pues no dice usted que es doncella? en qué quedamos?

JUAN. No señor, si mi mujer es esta.

FERN. Cuál?

JUAN. Esta. (Por Emilia.)

FERN. Pero hombre, está usted en su juicio? Cómo quiere usted que sea su mujer este muchacho?...

JUAN. Qué ha de ser muchacho?... no está usted viendo que es una mujer?

EMILIA. (Me aplastó.)

FERN. Pues es verdad!... esa cara, esos contornos... conque tú... conque usted... vamos, yo me vuelvo loco.

PERP. Que hable ella.

FERN. Eso es, explíquese usted.

EMILIA. Si yo tampoco sé nada, y lo que he buscado ha sido

salvar de un compromiso á mi amiga Juanita adoptando este disfraz.

FERN. Luego tú eres la culpable?... luego eran ciertas mis sospechas?

JUANITA. Yo te juro que soy inocente, y apelo al ama del niño para que diga si me ha visto en su vida.

JUAN. Pues que hable el Ama.

PERP. y EMILIA. Eso es, que hable, que hable.

AMA. Yo no entiendu las trapacerías que me dicen, y sólu vengu á que me *pajen* lu que me deben, segun reza esta carta. (La saca.)

JUAN. Venga. Veamos si ella nos aclara este misterio.

EMILIA y PERP. Que se lea, que se lea.

JUAN. «Querida Juanita: segun te ofrecí, te mando el niño con »el ama para que le pagues á ésta los meses que se la »deben, ya que el bribon de tu marido tiene desa»tendida tan sagrada obligacion.»

FERN. Yo?

AMA. Esu, esu.

JUANITA. Qué es lo que ha leido usted?

JUAN. Lo que aquí dice, mírelo usted.

AMA. Esu, esu mismo.

JUANITA. Es verdad... Infame! Di, conque tú tienes esas obligaciones? (Despues de ver la carta.)

FERN. Yo?

JUANITA. Tú, sí, tú... ¿Y te atreverás á negarlo cuando tienes delante el cuerpo del delito?...

FERN. Yo te aseguro...

PERP. Qué infamia!

EMILIA. Qué picardía!

FERN. Pero señores, yo juro á ustedes...

EMILIA. Ya está usted buen pez.

FERN. Esto es cosa de desesperarse.

JUAN. Y es posible que una persona decente falte de ese modo á la moral?...

FERN. Déjeme usted en paz.

JUANITA. Quién me dijera que me habias de engañar de ese

modo... infame! y aún querias disculparte conmigo! Qué desgraciada soy! (Se sienta y llora.)

JUAN. Tiene razon; se ha portado usted muy mal, si señor.

FERN. Hombre, le he dicho á usted que me deje en paz, ¿lo entiende usted?

JUAN. Conque quiere usted que le dejen cuando ántes ha pretendido echarme á mí el muerto? Me gusta la frescura, hombre.

FERN. Vive Dios! Ó se calla usted, ó descargo en sus costillas la bilis que estoy tragando.

JUAN. Hola, hola! Me amenaza usted, señor antropófago?... Si piensa usted que le tengo miedo, se equivoca; ya sé quién es usted.

FERN. Pues va usted á saberlo mejor si no se calla.

JUAN. Callarme yo?... No señor, lo diré muy alto... qué se ha creido usted?

FERN. Ya no puedo contenerme y le voy á romper la cabeza de un silletazo. (Coge una silla.)

JUAN. Tire usted, tire usted.

JUANITA. (Interponiéndose.) Por favor, señores!

EMILIA. Vamos, Juan.

JUAN. Déjame; quiero ver lo que hace ese valiente.

FERN. Espera, viejo estúpido. (Va á él y le detienen.)

JUAN. Venga usted, hombre, venga usted. (Colocándose detrás de las mujeres.)

FERN. Pero señor; quién habrá armado este lío?...

ESCENA ULTIMA.

DICHOS y el MOZO.

MOZO. Yo.

TODOS. Tú?

MOZO. Yo, sí; porque el ama no venia dirigida á este cuarto, sino al número cinco del piso segundo, y este es principal.

TODOS. Ya!

FERN. De modo que por culpa tuya hace una hora que aquí